

Aquellos pocos peligros

Tobías no quería ser alarmista, pero pensaba que ya estaban llegando muy lejos. Debía de conseguir una entrevista urgente con el profesor Weiss. Es más, le asombraba como el profesor seguía adelante con aquella locura. De alguna manera parecida a los experimentos genéticos de los nazis.

-¡Pero querido Tobías! ¡Son sólo animales!

Le parecía estar escuchando los justificativos del profesor.

-Muchos humanos podrán salvar sus vidas gracias a estos experimentos. Gracias a los cobayos, las ratas y los otros animales.

El verdadero problema era la esencia de aquellos experimentos. A medida que avanzaban los animales se volvían más y más humanos. Él no podía entender en que beneficiaba a las investigaciones tener animales cada vez más parecidos a los seres humanos.

Al comienzo, cuándo el profesor lo contactó, se sintió fascinado por la posibilidad de desarrollarse en un nuevo campo. Después de todo, lo que se le pedía es que colocara el uno por ciento de células humanas en el cerebro de unos ratones. Pero el profesor Weiss comenzó a pedirle que aumentara la proporción. El trepanaba los cráneos de los bichos, y cumplía con lo que se le pedía. ¡Pero Weiss ahora quería que el setenta y dos por ciento del cerebro animal fuera humano!

Hasta ahora no había observado ninguna *conducta humana* en los cobayos. Es más su jefe le había asegurado que si esto sucedía (y evidentemente él pensaba que era factible) el sacrificaría al animal con sus propias manos. También le había prometido las más estrictas medidas de seguridad. Nadie quería que alguno de aquellos híbridos quedara en libertad y se reprodujera. No se podía, tan siquiera imaginar, como afectaría el ecosistema y las demás razas (incluida la humana).

Estaba tan obsesionado con el tema que un día tomo unas de las ratas de laboratorio y le abrió la cabeza. Luego analizó la materia gris con detenimiento.

De por sí las ratas tienen sus cerebros bastante similares al humano. Pero, fuera por sus suposiciones o por otro motivo, encontró más similitudes que las habituales. Otro de los temas que lo preocupaban eran las conductas. Las observaba casi con morbo. Esperaba encontrar actitudes diferentes a las de un animal. Las ratas tienen una inteligencia y malicia muy notoria. Sus instintos las llevan a adaptarse al medio por más inhóspito que fuere. Sobrevivir a las más diversas acechanzas. Por ejemplo: si una de ellas moría por un cebo venenoso, las demás ya no comían de él. Si caía en una trampa, su fino olfato detectaba la más mínima cantidad de sangre, y eludía la ratonera.

De todas maneras no había observado nada raro. Los únicos acontecimientos fuera de lugar, se podían achacar a su mala memoria o al accionar de algún pillo. Esa mañana estaban las cosas cambiadas de lugar en su escritorio. Como si alguien hubiera husmeado y luego no recordara dónde iban los elementos que había revuelto.

Una cosa llevo a la otra. Pensó en echar llave a su escritorio al retirarse. Nunca lo hacía. ¿Pero dónde estaba el condenado llavero? ¡Iba a ser todo un engorro tener que hacer los duplicados!

Por mucho que buscó esta vez no lo encontró. No era la primera vez que perdía algo, pero casi siempre lo recuperaba. ¡Pero ya que estaba podía aprovechar para hablar con el profesor Weiss! De paso le pedía el llavero para hacer los duplicados

No estaba en su mejor día el profesor. Primero lo trató con brusquedad cuándo le explico lo del llavero. Y con respecto a lo otro. No... ¡Mejor otro día!

Tobías perdió buena parte de la mañana en rehacer su llavero. Pasó por la oficina del profesor Weiss y le dejó los originales a la secretaria. Antes de retirarse quiso echar un vistazo a su propia oficina. Mientras probaba la nueva llave en la cerradura, con la oficina en penumbras, creyó escuchar un cuchicheo. Era como una discusión apagada.

Prendió la luz y miró al fondo del local. Nada. Se acercó hasta las jaulas de los conejillos de Indias. Estaban unos encima de otros, durmiendo. Los cobayos estaban comiendo. Tuvo la extraña sensación de ser observado. Miró en dirección a la puerta. No había nadie.

Entonces la vio. La rata blanca estaba con sus dos patas delanteras aferradas a los barrotes de la jaula. Lo observaba. ¿Lo observaba? Se agachó para mirarla mejor. La rata soltó los barrotes y se dirigió a la rueda donde comenzó a correr sin prestarle atención. ¿La rata lo había mirado? Durante una centésima de segundo le pareció inclusive descubrir un gesto de maldad en el animal. ¡Carajo, estaba cansado! Mejor se iba a dormir. Mañana sería otro día.

A la mañana siguiente, cuando entro en el laboratorio, lo primero que le llamó la atención era que se había olvidado las luces prendidas. Era evidente que necesitaba un descanso. ¡Tenía que hablar de una buena vez con el profesor Weiss! El trabajo le estaba afectando el sistema nervioso. Se sentó frente a la computadora y al rato se sorprendió a sí mismo contemplando las jaulas con los cobayos y las ratas. No había hecho absolutamente nada. Estuvo más de una hora mirando la rutina de los animales, en particular la rata blanca que no se cansaba de hacer girar el molinete. Mejor se concentraba en las tomografías que tenía que estudiar.

Algo le molestaba en todo aquel asunto. Cuánto más trataba de sacárselo de la mente, más y más pensaba en ello. Las curvas de actividad cerebral de las ratas habían variado. Era difícil saber de que manera. Que incidencia podía tener en sus conductas. Pero algo era seguro: sus cerebros se estaban modificando.

Estuvo largo rato cotejando monografías anteriores, rastreando gráficos y siguiendo los estudios de cada uno de los bichos. Las que habían cambiado más radicalmente eran las ratas. Decidió que tenía que ver si se había producido algún cambio morfológico. Fue hasta la jaula y tomó una rata en sus manos. Era extraño pero el animal parecía intuir

algo malo. No se entregó mansamente como otras veces. Tampoco jugueteo con sus dedos. Trató de clavarle sus pequeños dientes en la mano. Tenía guantes de cirujano.

Tobías tomó un algodón con cloroformo y adormeció al animalito. Luego con el escalpelo pequeño le retiró el cuero que tapaba la mollera. Con una cierra eléctrica procedió a cortar el cráneo diminuto. Entonces extrajo el cerebro limpiamente. A simple vista pudo comprobar un cambio de forma en la materia gris. Ya tenía el típico carácter arriñonado del cerebro humano. Las marcas eran más nítidas. Acercó la cámara de video digital y grabó todo. Luego tomó una placa translúcida, y haciendo un corte longitudinal, primero comprobó el estado de la materia blanca; luego tomó un poco de tejido y lo observó en el microscopio. Todo coincidía con su diagnóstico. El cerebro de la rata comenzaba a tomar forma humana. Dentro de dos frascos con formol guardó los restos. Tomó el cuerpo del animal y lo arrojó en un cesto para residuos patogénicos. Con sumo cuidado y dedicación limpió la sangre y el resto de los tejidos.

Tobías se sentó en el escritorio y bostezó. Con el procesador de texto comenzó a escribir un detallado informe para el profesor Weiss. Le iba adjuntar los archivos con las tomografías, los gráficos, los videos y también los frascos con el cerebro de la rata. Los párpados le pesaban. Durante algunos segundos cerró los ojos. Sacudió la cabeza y se pegó un par de cachetadas.

-¡Vamos... terminamos esto y nos vamos a dormir!

Siguió escribiendo y se equivocó un par de veces. Cabeceó de nuevo. Entonces la vio. La rata que siempre corría en su rueda estaba de nuevo contra los barrotes. Su cuerpo erguido en dos patas y con las delanteras en forma de cruz, apoyadas sus garras en la puerta de la jaula. Lo miraba.

Bajó la vista y siguió escribiendo. Oyó el monótono ruido de la rueda al girar sobre su eje. La rata estaba corriendo de nuevo. Él sintió que todo el cansancio se le venía encima. Y se durmió. Profundamente. Abismalmente.

Un sueño poblado de ratas y otros bichos inmundos. Recordó un viejo cuento en dónde a un pobre infeliz le ponían un roedor sobre el vientre. Luego tapaban al animal con una especie de hornillo de hierro forjado y en la parte superior le ponían brasas llameantes. El roedor para huir lo hacía a través del estómago del condenado. Despertó gritando. Estaba agitado y durante un instante se palpó el pecho y los brazos. Se tocó el rostro sudado.

Miró la pantalla del monitor. Faltaba poco para terminar el informe. Sobre el escritorio, entre medio de un desorden de lápices, clips, gomas y otros adminículos pudo ver el llavero. ¿Pero no lo tenía encima? Revisó los bolsillos. Del derecho extrajo el tintineante manajo de llaves nuevas. Estiró la mano y tomó el llavero. ¡Era el que había extraviado! Sintió las piernas dormidas. Se sentaba en esas sillas con ruedas que tenían un solo apoyo neumático.

¡La maldita jaula estaba abierta! Todo sucedió al mismo tiempo. Con una rápida ojeada se dio cuenta que todas las jaulas estaban abiertas. ¿Y los animales?

Trató de levantarse, pero las piernas adormecidas no le respondieron. Cayó de bruces. Tenía las piernas atadas a la pata de la silla. Quiso gritar pero su garganta no emitió el mínimo sonido. Ahora luchaba por levantarse. De repente y de la nada salieron. Todos los animales del laboratorio se le treparon al cuerpo. Arrojó un par de vigorosos golpes y sintió el chillido de las bestias alcanzadas por su furia. Pero decenas de animales estaban subiendo por las piernas de sus pantalones, otros por su espalda. Sintió el dolor intenso de las mordeduras. De sus garras. Un enemigo brutal que atacaba sin piedad. Sus brazos. Sus piernas. Sus genitales.

Se revolvió en el suelo mientras gruñía y bufaba. Siguió arrojando golpes. Luchando desoladoramente solo contra todos sus enemigos.

Desde la mesa que tenía los instrumentos quirúrgicos vio caer algo plateado y oblongo. El ruido de metal contra los mosaicos.

La rata blanca apareció por su derecha. Rápidamente se subió a su brazo y de ahí al hombro. Podía sentir su frío hocico en el pabellón del oído. Su respiración en el cuello. Le desgarró la mejilla con su zarpa. Le mordió la oreja. Él trató de defenderse pero era ella muy ágil y lo eludió. En ese instante, mientras el trataba de luchar contra ella y los demás, acercando el morro a su oído le dijo:

-¡Verás!

El intenso dolor que le produjo el escalpelo en la base del cráneo, al introducirse bajo el cuero cabelludo, no lo dejó pensar en lo que había oído. Al borde del desmayo entre los chillidos de aquellos animalejos, escuchó el inconfundible zumbido de la sierra eléctrica.

Demiurgo